

"De ahora en adelante... el Rey va delante de vosotros"

(1° Sam. 12,2)



La misión de la Stma. Virgen y la misión de Luisa



**Sexta conferencia sobre la Divina Voluntad,
como introducción a los Escritos de la
Sierva de Dios LUISA PICCARRETA,
“la pequeña Hija de la Divina Voluntad”,
finalizada al triunfo de Su Reino**

Pablo Martín Sanguiao

LA MISIÓN DE LA STMA. VIRGEN Y LA MISIÓN DE LUISA

Una vez, una mujer, llena de entusiasmo por Jesús, levantó la voz en medio del gentío y exclamó: “*¡Dichoso el vientre que Te ha llevado y el pecho que Te ha alimentado!*” Pero El contestó: “*¡Dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!*” (Lc.11,27-28).

Es evidente que en María Santísima una cosa sea **la Misión** extraordinaria a que Dios La ha llamado o, mejor dicho, predestinado (a ser la Madre del Divino Redentor) y otra cosa es **la manera como Ella ha respondido**.

Igualmente, una cosa es que María haya sido **concebida Inmaculada** (lo cual dependía sólo de Dios) y otra es que María sea **la Llena de Gracia**, lo cual dependía de la respuesta de ella. No bastaba que “*el recipiente*” de su ser como criatura fuera intacto y perfectamente limpio por Gracia de Dios, *sin mancha* de pecado, sino que era necesario que además estuviera *lleno* de la Plenitud de Dios.

Al presentar la figura de Luisa Piccarreta, ya hemos hablado de su misión. Para mejor comprenderla, debemos considerarla en relación con la misión del mismo Jesucristo y de María, su Madre. “*Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre*” (Mt.19,6). Palabras que se refieren, ante todo, al Redentor y a la Corredentora, a Jesús y María.

Contemplemos ahora, ante todo, **la Misión única** a que la Stma. Virgen ha sido predestinada, siguiendo lo que Luisa ha escrito como enseñanza del Señor.

Misión significa el acto o el efecto de mandar o enviar, encomendando una tarea. Es lógico que sólo el Padre Celestial no ha recibido “*una misión*” que cumplir, mientras que El ha enviado al Hijo y al Espíritu Santo.

Cada persona (Divina, angélica o humana) es tal porque es el sujeto responsable de sus propias acciones y de su vida; además, **es la persona que es por la misión que ha recibido de Dios**, o sea, porque Dios la ha querido y la ha llamado a la existencia para llevar a cabo **una misión** específica. *El nombre propio de una persona* debería manifestar siempre esa misión, **quién es** esa persona. Así, el Verbo Encarnado se llama **JESÚS**, que significa precisamente “Dios Salvador”, o sea, su misión. María es llamada por Dios “**LLENA DE GRACIA**”, como si dijera “Llena de Dios”, refiriéndose a su misión de Madre de Dios. Luisa es llamada por Jesús “**LA PEQUEÑA HIJA DE LA DIVINA VOLUNTAD**”, aludiendo a su misión de ser la depositaria de la Herencia para los hijos, del Secreto del Rey, para hacer que se conozca y reine sobre la tierra la Divina Voluntad, del mismo modo como reina en el Cielo.

Cada uno de nosotros, con un nombre anagráfico más o menos inspirado (aunque casi siempre carece de importancia), cuando lleguemos a la Patria Celestial recibiremos nuestro “*nombre nuevo*” (Ap. 2,17), la maravillosa revelación de nuestra personal **vocación o misión** terrena y celestial, temporal y eterna. Manifestará el peculiar e irrepetible Amor de Dios a cada uno de nosotros, el singular conjunto de perfecciones divinas con que Dios nos ha plasmado, o sea, la dote de dones, gracias y carismas con que nos ha enriquecido, así como la específica relación de amor y de vida, que cada uno de nosotros es destinado a tener con Dios, con los demás y con el resto de las criaturas.

Cada **misión** va unida al **oficio** de realizarla y por tanto debe cumplirse sin omitir nada de quanto le pertenece, ya que cada misión, destinada al bien común, lleva

consigo dones, gracias, riquezas y prerrogativas exclusivas, que sirven para realizarla. Las misiones de Jesús y de María, lógicamente, son *irrepetibles y únicas*, ya que son *universales*:

“Cuando un oficio es único, resulta por consiguiente que a quien tiene esa misión nada se le ha de escapar, debe controlar todo, para poder dar ese bien que posee, tiene que ser como un verdadero sol, que puede dar luz a todos. Así ha sido de Mí y de mi Madre Celestial”. (01.05.1925).

Por lo tanto, la misión de ser el Redentor y la Madre del Redentor, es algo irrepetible, mientras que, por el contrario, todos podemos y debemos imitarles y seguirles, como modelo perfecto, *en el modo de cumplir cada uno nuestro propio oficio*, según *la misión que tenemos*. Per eso, cuando Jesús le habla a Luisa de la vocación, misión y oficio que le ha dado, lo hace *siempre* proponiéndole *el modelo de su Madre*, la manera como Ella ha cumplido la misión de ser **Madre del Divino Redentor** y su correspondiente oficio de **Corredentora**; y lo hace por motivo de la fidelidad de la respuesta que Luisa debe dar y que cada uno de nosotros tiene que de dar.

Pero Jesús, al hablar de la misión de Luisa, lo hace *siempre* explicándola a la luz de la misión universal de El mismo y de su Madre, misión que *no sólo es modelo* de la respuesta que Dios pide a Luisa, sino que forma **UN SOLO Y ÚNICO PROYECTO DIVINO con la misión de ella**:

“Ahora, tu misión de dar a conocer la Eterna Voluntad se relaciona con la mía y con la de mi Madre querida...” (ibid.).

Tres misiones universales, irrepetibles y también inseparables: como lo son **las Tres Divinas Personas** y lo son **las tres Obras** que Dios cumple “*ad extra*”, es decir, externas al Ser Divino, es decir, la Creación (atribuída a Dios Padre), la Redención (realizada por el Hijo, el Verbo Encarnado) y la Santificación, cuya meta suprema es el cumplimiento de la gran Promesa: “*Hágase tu Voluntad, así en la tierra como en el Cielo*” (la obra que el Espíritu Santificador lleva a cabo en la Iglesia).

Aun en este caso, “*no divida el hombre lo que Dios ha unido*”: o sea, la misión de Jesucristo y de su Madre Stma., a las que se añade –como leemos en sus escritos– la particular y exclusiva misión de carácter universal encomendada a Luisa, al servicio y cumplimiento de todo el Proyecto de Dios; naturalmente, cada uno de los tres en su propio lugar. Todo lo cual sirve para encuadrar *el contexto preciso* en que Jesús habla de su Madre Stma. y de su pequeña Hija y del puesto *único y diferente* que ambas ocupan en el Decreto Divino.

Tal contexto coincide con la perspectiva en que la Stma. Virgen es contemplada por el Concilio Vaticano II:

“La Bienaventurada Virgen, predestinada desde la eternidad dentro del decreto de la Encarnación del Verbo PARA SER LA MADRE DE DIOS, por disposición de la Divina Providencia fue en la tierra la santa Madre del Divino Redentor, generosamente asociada a su obra por un título absolutamente único, como humilde Sierva del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, nutriéndolo, presentándolo al Padre en el Templo, sufriendo con su Hijo moribundo en la cruz, Ella COOPERÓ de forma totalmente especial en la obra del Salvador, con la

obediencia de la fe, con la esperanza y la ardiente caridad, PARA RESTAURAR LA VIDA SOBRENATURAL DE LAS ALMAS. Por eso Ella ha llegado a ser para nosotros Madre en el orden de la Gracia” (L.G. 61).

Consideremos, pues, la Stma. Virgen, no desde el punto de vista de su origen, predestinada eternamente dentro del Decreto de la Encarnación del Verbo, sino desde el de su misión: *ser la Madre del Verbo Encarnado y Redentor.*

“El primer sí en mi «FIAT» se lo pedí a mi querida Mamá –dice Jesús–, y ¡oh potencia de su «FIAT» en mi Querer! Apenas el «FIAT» Divino se encontró con el «FIAT» de mi Madre, se hicieron uno solo. Mi «FIAT» la elevó, la divinizó, la cubrió con su sombra y, sin obra humana, me concibió a Mí, Hijo de Dios. Sólo en mi «FIAT» podía concebirme. Mi «FIAT» le comunicó la inmensidad, la infinitud, la fecundidad de un modo divino, y por eso el Inmenso, el Eterno, el Infinito pudo quedar concebido en Ella.

Apenas dijo «FIAT mihi» (“Hágase en mí”), no sólo se adueñó de Mí, sino que cubrió con su sombra a todas las criaturas, todas las cosas creadas; sentía en ella la vida de todas las criaturas y entonces empezó a hacer de Madre y de Reina a todos... ¡Cuántos portentos contiene el sí de mi Madre, que si quisiera decirlos, no acabarías nunca de oírlos!

Ahora un segundo sí en mi Querer te lo he pedido a tí, y tú, si bien temblando, lo has dicho. Pues bien, este sí en mi Querer tendrá sus portentos, tendrá un cumplimiento divino. Tú sígueme y húndete aún más en el mar inmenso de mi Voluntad y Yo Me ocuparé de todo. Mi Madre no pensó a cómo habría hecho Yo para encarnarme en Ella, sino que dijo tan sólo «FIAT mihi», y Yo pensé al modo de encarnarme en Ella. Así harás tú” (10.01.1921).

Jesús habla de un “SÍ” que ha pedido a María, para hacer que fuera su Madre. Decir que *SÍ* es *respuesta* a *una propuesta*: es una voluntad que sale al encuentro de otra, es comunión. Es la voluntad de una criatura que se manifiesta de acuerdo con la Voluntad del Señor, no sólo en algo, sino en todo, en la cosa absoluta, en la cosa más grande que un Dios es capaz de querer, que atañe a la Vida misma de Dios y a las relaciones de Ser, de Vida y de Amor que hay entre las Tres Divinas Personas. Por eso, Dios le pidió a María *la respuesta de un “SÍ” en el Querer mismo de la Stma. Trinidad*, es decir, un “SÍ” al cual el Querer de Dios comunicase su propia inmensidad, infinitud, eternidad y fecundidad divina. Así, la respuesta de María *coincide* perfectamente con el Querer de Dios. En efecto, «FIAT» ha dicho Dios y «FIAT» ha de decir la criatura, para *compartir* todo lo que el «FIAT» Divino contiene.

“Hija mía –dice Jesús–, el «FIAT» está todo lleno de vida, más aún, es la misma Vida, y por eso del «FIAT» salen todas las vidas y todas las cosas.

De mi «FIAT» salió la Creación: por eso en cada cosa creada se ve la huella del «FIAT». Del «FIAT mihi» de mi Madre querida, dicho en mi Querer con la misma potencia de mi «FIAT» Creador, salió la Redención. De manera que no hay cosa alguna de la Redención que no tenga la huella del «FIAT mihi» de mi Madre. Hasta mi misma Humanidad, mis pasos, mis palabras, mis obras, fueron selladas por su «FIAT mihi». Mis penas, las llagas, las espinas, la Cruz, mi Sangre, llevaban la huella de su «FIAT mihi», porque las cosas conservan la huella del origen de donde

han salido. Mi origen en el tiempo fue el «FIAT mihi» de mi Madre Inmaculada; por eso todo lo que he hecho lleva el signo de su «FIAT mihi»... Así que su «FIAT mihi» está en cada Hostia Consagrada; si el hombre resucita de la culpa, si el recién nacido es bautizado, si el Cielo se abre para recibir al hombre, es el «FIAT mihi» de mi Madre, que signa, que sigue y que provee a todo. ¡Oh potencia del «FIAT»! Surgen en todo instante, se multiplica y se hace vida de todos los bienes.

Ahora quiero decirte por qué he pedido tu «FIAT», tu «sí» en mi Querer.

La oración que Yo enseñé, el «FIAT VOLUNTAS TUA, así en la tierra como en el Cielo», esta oración de tantos siglos, de tantas generaciones, quiero que sea contentada y que se cumpla. Por eso quería otro «sí» en mi Querer, otro «FIAT» conteniendo la Potencia Creadora: quiero el «FIAT» que surja en cada instante, que se multiplique en todos; quiero en un alma mi mismo «FIAT», que suba a mi trono y que con su Potencia creadora traiga a la tierra la vida del «FIAT», así en la tierra como en el Cielo”.

Yo, sorprendida y anonadada al oír eso, he dicho: “Pero Jesús, ¿qué dices? Y Tú bien sabes lo mala que soy e incapaz de nada”.

Y El: “Hija mía, Yo acostumbro a escoger las almas más insignificantes, incapaces y pobres para mis obras más grandes. Mi propia Madre nada tenía de extraordinario en su vida exterior. Ningún milagro, ningún signo tenía que la distinguiera de las demás mujeres. Su único distintivo era la perfecta virtud, a la que casi nadie hacía caso; y si he dado a los demás santos el distintivo de los milagros y a otros los he decorado con mis llagas, a mi Madre nada de nada. Y sin embargo Ella era el prodigio de los prodigios, el milagro de los milagros, la verdadera y perfecta crucificada; nadie como Ella” (17.01.1921).

Estas tres Obras divinas (Creación, Redención y Reino del Querer Divino en la tierra como en el Cielo) son tres dones de amor brotados del Corazón de Dios, dones de las Tres Divinas Personas a la Stma. y Adorable Naturaleza humana del Verbo Encarnado, Crucificado y Resucitado.

Cada regalo dado tiene que ser recibido, para quedar justificado y no resultar inútil.

1°. En el Cielo, **el Padre Celestial quiso la Creación.** Su divina palabra “**FIAT LUX**”, expresión de su Voluntad, la llamó a la existencia, para dárserla al Hijo. En la tierra **tenía que responder el Hijo**, recibéndola y justificando así su existencia. La respuesta del Hijo fue su “**FIAT**”, en el actos de Encarnarse: “*Tú no has querido sacrificios, ni ofertas; pero un cuerpo Me has preparado... Entonces he dicho: Héme aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu Voluntad*” (Heb.10,5-7). Pues “*todo ha sido creado por El y para El; El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El*” (Col. 1,16-17).

La Creación tiene como causa o motivo, como finalidad y como culminación LA ENCARNACIÓN DEL VERBO.

2°. Pero, habiendo pecado el hombre, el Verbo, al encarnarse, añadió un segundo fin: **la Redención.** La misión suya habría sido de salvar al hombre, más aún, de salvar toda la Obra de su Padre, el Proyecto del Padre.

Por lo tanto, **el Hijo de Dios** en el Cielo, que iba a encarnarse para cumplir la Redención, quiso recibir desde la tierra **la respuesta de una pura Criatura**, que en

nombre de todas las demás acogiera el don del Verbo Encarnado y de la Redención, justificándola y poniéndola al seguro. **La respuesta fue el “FIAT” de María:** “*FIAT MIHI secundum Verbum tuum*”, “*Hágase en mí según tu Palabra*”.

3°. Pero el fin de la Creación y de la misma Redención no es sólo tener al Verbo ENCARNADO y REDENTOR, sino tenerlo como REY EN SU REINO. “*Habiéndole sometido todo, no ha dejado nada que no Le esté sometido. Sin embargo, aún no vemos por ahora que cada cosa esté sometida a El, en tanto que ahora vemos a Jesús, que se hizo inferior por poco a los Angeles, coronado de gloria y de honor a causa de la muerte que ha sufrido...*” (Heb. 2,8-9).

Este **Reino de Dios** es la culminación y el fin de la Creación, el fruto de la Redención y la meta de cuanto el Espíritu Santo hace en la Iglesia y por medio de la Gracia en las almas de aquellos que santifica. Dicho de otra forma: mientras que la Divina Voluntad no reine en las voluntades de las criaturas, “*en la tierra como en el Cielo*”, las Obras de Dios (Creación, Redención y Santificación) aún están “en alta mar”, en peligro de ser inútiles y de fracasar para muchos.

Es la razón por la que el Señor ha querido que la Iglesia lo pida, invocándolo en el “Padrenuestro”. En el tiempo decretado para concederlo, **el Espíritu Santo**, Divino Realizador, **ha querido que una ardiente súplica y también una respuesta a su Querer se elevara de la tierra al Cielo**, con la misma fuerza y eficacia de su Querer Divino. Esta respuesta, este “*Sí*”, este **tercer “FIAT”** lo ha pedido a otra criatura, no Inmaculada como María, sino “*de la estirpe común*”, elegida para formar entre el Cielo y la tierra el puente a través del cual el Querer Divino pueda bajar victorioso y venga a reinar, de igual manera que la Stma. Virgen hizo bajar al Divino Redentor para salvarnos. La elección divina ha caído sobre una de las más pequeñas y pobres criaturas, **Luisa**, precisamente. Su grandeza no es suya, desde luego, sino de la misión a que ha sido destinada. Su grandeza es la de su respuesta y lo que con ella ha obtenido.

“Hija mía, el primer «FIAT» fué dicho en la Creación, sin que interviniera ninguna criatura. Para cumplir el segundo «FIAT» escogí a mi Madre. Ahora, para dar cumplimiento a ambos quiero decir el tercer «FIAT», que completará la gloria y el honor del «FIAT» de la Creación y dará confirmación y desarrollo a los frutos del «FIAT» de la Redención.

Estos tres «FIAT» reflejarán en la tierra a la Sacrosanta Trinidad y tendré el «FIAT VOLUNTAS TUA, así en la tierra como en el Cielo». Estos tres «FIAT» serán inseparables, uno será vida del otro; serán uno y trino, pero distintos entre sí. Mi Amor lo quiere, mi Gloria lo exige, que habiendo salido los dos primeros «FIAT» del seno de mi Potencia Creadora, ahora salga el tercer «FIAT», no pudiendo contenerlo más mi Amor, y eso para completar la obra que de Mí ha salido; de lo contrario la obra de la Creación y de la Redención quedaría incompleta”.

Oyendo ésto, la pobre Luisa se sintió tan confundida y trastornada, que el Señor tuvo que decirle:

“Hija mía, cálmate; Yo elijo a quien quiero. Has de saber que todas mis obras las empiezo entre una sola criatura y Yo y luego se difunden. De hecho, ¿quién fue el primer expectador del «FIAT» de mi Creación? Adán y después Eva. Sin duda

no fue una multitud de gente. Después de años y años han sido expectadores gentes y multitudes de pueblos.

Del segundo «FIAT» sólo mi Madre fue expectadora; ni siquiera San José supo nada, y mi Madre se encontraba en tus mismas condiciones. Era tanta la grandeza que sentía en ella de la fuerza creadora de mi obra, que, confusa, no tenía fuerza para decir una palabra a nadie; y si luego lo supo San José, es porque Yo se lo manifesté. En su seno virginal germinó como una semilla este «FIAT», se formó la espiga para multiplicarlo y después salió a la luz del día. ¿Pero cuántos fueron los expectadores? Poquísimos. En la casita de Nazaret los únicos expectadores fueron mi querida Mamá y San José. Después, cuando creció mi Stma. Humanidad, salí y Me dí a conocer, pero no a todos. Luego se difundió aún más y se difundirá todavía. Así será del tercer «FIAT» ...” (24.01.1921).

* * *

El Concilio Vaticano II ha presentado a María Santísima como la colaboradora de Dios, tanto para la Encarnación del Verbo, como para la salvación del hombre:

“El Padre de las misericordias ha querido que la aceptación de parte de la predestinada Madre precediera la Encarnación, porque así como una mujer (Eva) había contribuido a dar la muerte, una Mujer contribuyera a dar la vida. Esto vale de un modo extraordinario para la Madre de Jesús. María, consintiendo a la Palabra divina, llegó a ser Madre de Jesús y, abrazando de todo corazón, sin que ningún pecado la detuviese, la Voluntad Divina de salvación, se consagró totalmente como sierva del Señor a la Persona y a la Obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención (...) Justamente, pues, los Santos Padres consideran que María no fue instrumento meramente pasivo en manos de Dios, sino que colaboró con libre fe y obediencia a la salvación del hombre” (L.G. 56).

Esta doctrina de la Iglesia la encontramos en los escritos de Luisa, donde la misión y cooperación de la Stma. Virgen aparecen en el contexto del decreto divino, junto con el decreto de la Creación y el decreto del cumplimiento de la Divina Voluntad e la tierra, como vida de las criaturas:

“Tres veces la Divinidad decidió obrar ‘ad extra’: la primera fue en la CREACIÓN, y fue sin que interviniera la criatura, porque ninguna había salido a la luz del día.

La segunda fue en la REDENCIÓN, e intervino con Ella una Mujer, la más santa, la más bella, como fue mi Madre Celestial. Ella fue el canal e instrumento del que Me serví para cumplir la obra de la Redención.

La tercera es el cumplimiento de mi Voluntad, que se haga así en la tierra como en el Cielo, o sea, que la criatura viva y obre con la santidad y potencia de Nuestra Voluntad: obra inseparable de la Creación y de la Redención, como es inseparable la Trinidad Sacrosanta. No podemos decir que hayamos acabado la obra de la Creación, si Nuestra Voluntad, como fue decretado por Nosotros, no actúa y vive en la criatura con esa libertad, santidad y potencia con que obra y vive en Nosotros; es más, eso lo más bello, lo más luminoso, la cumbre y el sello del cumplimiento de la obra de la Creación y Redención.

Estos son decretos divinos y han de tener pleno cumplimiento. Y para cumplir este decreto, queremos valernos de otra mujer, como eres tú. La mujer fue la provocación, la causa por la que el hombre cayó en sus desventuras, y Nosotros queremos servirnos de la mujer para poner las cosas en orden, para hacer que el hombre salga de sus desventuras y devolverle el decoro, el honor, nuestra verdadera semejanza, como fue creado por Nosotros. Por eso, pon atención, no tomes las cosas a la ligera. Aquí no se trata de cualquier cosa, sino de decretos divinos y de darnos espacio para hacer que se cumpla la obra de la Creación y Redención. Y por eso, como encomendamos mi Madre a San Juan, para transmitirle a él (y de él a la Iglesia) los tesoros, las gracias y todas las enseñanzas que en el curso de mi vida había puesto en Ella como en un santuario, cuando estaba bajo mi custodia y le hacía de Sacerdote, y todas las leyes, los preceptos y la doctrina que la Iglesia tenía que poseer, y Ella, siendo fiel y celosa hasta de una palabra mía, para que no se perdieran las depositó en mi fiel discípulo Juan (de modo que mi Madre tiene el primado sobre toda la Iglesia), así he hecho de tí. Teniendo que servir a toda la Iglesia el «FIAT VOLUNTAS TUA», te he encomendado a un ministro mío, para que deposites en él todo lo que te manifiesto sobre mi Voluntad, los bienes que contiene, cómo tiene que entrar la criatura en Ella y cómo la Bondad Paterna quiere abrir otra era de Gracia, poniendo en común los bienes que posee en el Cielo y devolviéndole la felicidad perdida. Por eso sé atenta y séme fiel”. (11.07.1923).

La misión de María como colaboradora de Dios, como Madre del Divino Redentor y Corredentora, lejos de ser títulos honoríficos, lleva consigo la tarea activa de ser la primera y perfecta discípula de su Hijo y la Madre y Maestra de la Iglesia, de ser la depositaria y secretaria de todas las verdades divinas, y por tanto la que concede todos los tesoros de la Revelación y de la Gracia.

En el mismo capítulo acabado de citar, Jesús dice:

“Hija mía, cuanto más grande es la obra que quiero hacer, tanto más hace falta que sea única y singular la criatura que escojo para ello. La obra de la Redención era la más grande y para ello escogí a una sola criatura, dotándola de todos los dones, jamás concedidos a nadie, para hacer que esta criatura tuviera tanta Gracia que pudiera hacerme de Madre y Yo pudiera poner en Ella todos los bienes de la Redención; y para custodiar mis dones, desde que fue concebida hasta que Me concibió, la tuve escondida en la Luz de la Stma. Trinidad, la Cual la custodiaba y asumía el oficio de dirigirla en todo. Cuando luego fui concebido en su seno virginal, siendo Yo la verdadera Cabeza y el primero de todos los Sacerdotes, Me ocupé Yo de custodiarla y dirigirla en todo, incluso en el movimiento de su palpitar; y cuando Yo morí la encomendé a otro Sacerdote, que fue San Juan. Un alma tan privilegiada, que contenía todas las gracias, única en la Mente Divina, única en la historia, no quise dejarla hasta su último respiro sin la asistencia de un representante mío. ¿Acaso lo he hecho con otras almas? No, porque no teniendo tantos bienes, dones y gracias, no hace falta tanta protección y asistencia.

Ahora bien, hija mía, también tú eres única en mi Mente y serás también única en la historia...” (ibid.).

Jesús prosigue diciéndole cuánto ha tenido que hacer en ella, Luisa, a motivo de la obra de la Divina Voluntad, que se debe cumplir por medio de ella, y lo hace comparando los dones de gracia que ha concedido a Luisa con aquellos irre-petibles que dio a su Madre, preservada de la culpa original para poder concebir al Verbo Divino. Es evidente que sólo la obediencia, su total y continua inmolación, podía lograr que Luisa escribiera las páginas en que Jesús le manifiesta las “grandes cosas que ha hecho en ella”. Para nosotros, que las leemos, hay un motivo que nos afecta:

“Has de saber que este cumplimiento de mi Voluntad es tan grande, que forma parte de las obras más grandes que la Divinità ha establecido, y quiero que sea conocida, para que conociendo la grandeza y los bienes inmensos que contiene la amen, la estimen y la deseen” (ibid.).

La misión de la Stma. Virgen no fue sólo recibir al Hijo de Dios en su seno, mediante su asentimiento, y ni siquiera compartir luego, de un modo único, su vida y su obra de Redentor. Fue, antes que todo eso, atraerlo del Cielo a la tierra en nombre de todas las criaturas, con la fuerza irresistible y el Amor del mismo Querer Divino. Para eso sirvieron los años y las plegarias de María, sus obras y su vida vivida en el Querer Divino, desde el primer instante de su Concepción Inmaculada hasta el momento en que, al anuncio del Angel, Ella concibió el Verbo: sirvieron a formar en Ella todo lo que hacía falta para abrir el Cielo y trasladarlo a la tierra, de manera que nada de todo lo que tiene el Verbo en el seno del Padre Le faltase en el seno virginal de su Madre:

“Ahora, hija mía, escúchame –le dice María–: yo continuaba mi vida en Nazaret... El «Fiat» Divino seguía ensanchando en Mí su Reino; para ello se servía de mis actos, aun de los más pequeños, de los más indiferentes... para hacerme sentir su Vida palpitante en el fuego, en el agua, en la comida, en el aire que respiraba, en todo, y llenándolos de Sí, formaba en mis pequeños actos mares de Luz, de Gracia, de Santidad, porque donde reina el Divino Querer tiene el poder de formar, con las cosillas que son nada, nuevos cielos de belleza encantadora, pues siendo inmenso no sabe hacer cosas pequeñas, sino que con su potencia da valor a lo que es nada y hace de ello las cosas más grandes, asombrando cielos y tierra (...) Las Divinas Personas de la Trinidad Sacrosanta ya no miraban la tierra como una cosa extraña a Ellas, porque estaba la pequeña María, que poseyendo la Divina Voluntad había formado el Reino Divino, donde el Verbo podía bajar seguro, como en su propia morada, en que hallaba el Cielo y los innumerables Soles de tantos actos de Voluntad Divina, hechos en mi alma...” (“La Virgen María en el Reino de la Divina Voluntad”, 19º día).

Cada enseñanza de Jesús es en apoyo de la misión encomendada a Luisa y al mismo tiempo expresa todo lo que esa misión del cumplimiento de la Divina Voluntad presupone y corona:

“Hija mía, mi Madre con su amor, con sus plegarias y con anonadarse Me llamó del Cielo a la tierra, a encarnarme en su seno. Tú, con tu amor y con perderte siempre en mi Querer, llamarás mi Voluntad a hacer vida en tí sobre la tierra y luego Me darás vida en las demás criaturas. Ahora bien, has de saber que, con haberme llamado mi Madre desde el Cielo a la tierra en su seno (acto único,

que hizo y que jamás se repetirá), Yo la enriquecí de todas las gracias, la doté de tanto amor, que le hice superar el amor de todas las demás criaturas juntas y le dí el primer puesto en los privilegios, en la gloria, en todo. Podría decir que todo lo que es eterno, y el Eterno, se redujo a un solo punto y se derramó en Ella a torrentes, como mares inmensos, tanto que todos quedan por debajo de Ella.

En tí, llamando tú a mi Voluntad en tí –y eso es también acto único–, por decoro de mi Voluntad que tiene que habitar en tí, tengo que derramar tanta Gracia, tanto Amor, que tengo que hacerte superar a todas las demás criaturas (...) Lo que te digo servirá a Mí mismo; es necesario a la santidad y dignidad de mi Voluntad. No me abajo a habitar donde no hallo las cosas que me pertenecen. Tú no eres más que la depositaria de un bien tan grande, que tienes que custodiar celosamente. Por eso, ten ánimo y no temas” (08.03.1921).

La misión de Nuestro Señor como Salvador exigía la asistencia de María Santísima como Madre y de Luisa como Hija, o sea, necesitaba la misión de María como origen y causa y la misión de Luisa como fin último o meta de llegada:

“Unico fin de la Creación fue que todos cumplieran mi Querer (...) Por tanto el hombre, habiendo roto la unión de su voluntad con la Mía, me destruyó lo más bello, el fin para el que lo había creado (...) Ese es el por qué de la Redención (...) Mi Humanidad no se movía ni tenía vida, si no era animada por la Voluntad de mi Padre. Habría preferido morir mil veces, antes que dar un respiro sin su Querer. Así vinculé de nuevo la voluntad humana a la Divina y en mi Persona, siendo Yo verdadero Dios y Hombre, devolvía a mi Padre toda la gloria y los derechos que se Le debían. Pero mi Querer y mi Amor no quieren estar solos en mis obras; quieren hacer otras imágenes semejantes a Mí. Habiendo rehecho mi Humanidad el fin de la Creación, vi el fin de la Redención en peligro por culpa de la ingratitud del hombre, y para muchos resultar inútil. Por eso, para hacer que la Redención me diera gloria completa y todos los derechos que se me debían, tomé a otra criatura de la familia humana, como fue mi Madre, copia fiel de mi Vida, en quien mi Voluntad se conservaba íntegra, y reuní en Ella todos los frutos de la Redención, poniendo a salvo el fin de la Creación y de la Redención; y mi Madre, si nadie hubiera aprovechado la Redención, Me habría dado todo lo que las criaturas no Me hubieran dado.

Ahora llego a tí. Yo era verdadero Hombre y verdadero Dios, mi Madre querida era inocente y santa y nuestro Amor nos llevaba más allá: queríamos otra criatura que, concebida como todos los demás hijos de los hombres, ocupase a mi lado el tercer puesto. No me contentaba con que solamente mi Madre y Yo fuéramos íntegros con la Voluntad Divina; queríamos otros hijos que, en nombre de todos, viviendo en pleno acuerdo con nuestra Voluntad, nos dieran gloria y amor divino por todos”. (26.11.1921).

Por eso, para cumplir su misión, el Redentor quiso ser sostenido por su Madre y su Hija, definiéndolas sus dos apoyos. Hablando de su tremenda agonía en el huerto de los Olivos (viene a la memoria la figura de Moisés en oración sobre el monte, sostenido por Arón y Cur, hasta alcanzar plena victoria sobre los enemigos), Jesús dice:

“¿Sabes tú quién (...) sostuvo mi Humanidad para que no muriera? La primera fue mi inseparable Madre. Ella, al oírme pedir ayuda, voló a mi lado y me sostuvo, y Yo apoyé en Ella mi brazo derecho. La miré casi moribundo y encontré en Ella la inmensidad de mi Voluntad íntegra, sin que hubiera habido ruptura entre mi Voluntad y la suya. Mi Voluntad es Vida y, siendo la Voluntad del Padre irremovible y llegándome la muerte por parte de las criaturas, otra Criatura que poseía la Vida de mi Voluntad me daba la Vida. Así que mi Madre me concibió en el portento de mi Voluntad y Me hizo nacer en el tiempo, y ahora me da por segunda vez la Vida, para hacer que cumpla la obra de la Redención.

Después miré a la izquierda y encontré a la pequeña Hija de mi Querer; te encontré a tí la primera, seguida por las otras hijas de mi Voluntad; y así como quise conmigo a mi Madre como el primer eslabón de la Misericordia, por quien debíamos abrir la puerta a todas las criaturas, y por eso quise apoyar la derecha, a tí te quise como el primer eslabón de Justicia, para impedir que se derramara sobre todas las criaturas como se merecen, y por eso quise apoyar la izquierda, para que tú la sostuvieras junto conmigo. Con esos dos apoyos me sentí devolver la vida y, como si nada hubiera sufrido, con paso firme salí al encuentro de mis enemigos...” (19.11.1921).

Sería injusto y alejarse de la verdad aislar la figura de Luisa (ignorando su misión) del conjunto de la revelación de la Divina Voluntad, que le hace Ntro. Señor. Fuera de contexto, sería exaltarla de modo indebido, o por el contrario, rechazar apresuradamente un exámen sereno de la misión única a que ha sido llamada, imaginando quién sabe qué errores o exageraciones. A propósito de lo cual Luisa dice:

“... Habiendo leído un santo Sacerdote mis escritos, me había mandado decir que en ciertos capítulos Jesús bendito me ensalza demasiado, hasta decirme que me pone al lado de su Madre Celestial, para que sea mi modelo. Al oír eso, me he sentido confundida y turbada. Me acordaba de haberlo escrito sólo por obediencia y con la mayor repugnancia, que estaba relacionado con la misión de dar a conocer la D. Voluntad, y me quejaba con mi Jesús de haberme dicho eso, mientras que yo soy tan mala y El sólo sabe todas mis miserias. Eso me confundía y me humillaba tanto, que no me daba paz. Sentía tanta distancia entre la Madre Celestial y yo, como si hubiera un abismo de distancia entre Ella y yo”. (...)

Y Jesús le dice: “Hija mía, ¿por qué te angustias tanto? (...) Y además, ¿qué es lo que se opone a la verdad? ¿Dónde está ese ensalzarte demasiado, sólo porque te dije que te ponía al lado de mi Divina Madre? Pues habiendo sido Ella la depositaria de todos los bienes de mi Redención, la ponía por tanto como Madre mía, como Virgen, como Reina, a la cabeza de todos los redimidos, dándole una misión distinguida, única y especial, que a nadie más será dada. Los mismos Apóstoles y toda la Iglesia dependen de Ella y reciben de Ella. No hay bien que Ella no posea; todos los bienes salen de Ella. Era justo que, siendo Madre mía, encomendase todo y a todos a su Corazón Materno. Abrazar todo y poder dar todo a todos, eso es sólo de mi Madre.

Ahora te repito que, como Yo ponía a mi Madre al frente de todos, depositando en Ella todos los bienes de la Redención, así elegía a otra virgen, que ponía al lado de Ella, dándole la misión de hacer que se conozca mi D. Voluntad. (...) Y come mi

Madre Celestial, verdadera depositaria de los bienes de la Redención, es generosa con quien los desea, así esta segunda madre será generosa en dar a conocer a todos el depósito de mis enseñanzas, la santidad de mi D. Voluntad y el bien que quiere dar, cómo mi Voluntad vive desconocida en medio de las criaturas y cómo desde el principio de la creación del hombre suspira, ruega, suplica que el hombre vuelva a su principio, o sea, a Ella, y que se le devuelvan los derechos de su soberanía sobre todas las criaturas.

Mi Redención fue una sola, y me serví de mi Madre querida para hacerla. Mi Voluntad es también una y tengo que servirme de otra criatura, que, poniéndola a la cabeza y haciendo en ella el depósito, me sirva para hacer que se conozcan mis enseñanzas y cumplir los planes de mi Divina Voluntad. Por lo tanto, ¿dónde está ese ensalzarte demasiado? ¿Quién puede negar que la Redención y el cumplimiento de mi Voluntad sean dos misiones únicas y semejantes? ¿Y que, dándose la mano entre sí, mi Voluntad hará que se completen los frutos de la Redención y que Nos sean restituidos los derechos de la Creación, sellando la finalidad para la que todas las cosas fueron creadas? Por eso Nos interesa tanto ese conocimiento de la misión de nuestra Voluntad, porque ninguna otra cosa hará tanto bien a las criaturas como ésta: será el cumplimiento y corona de todas nuestras obras.

Además de eso, de David se dijo que fue figura mía, tanto que todos sus salmos revelan mi Persona. De S. Francisco de Asís, que fue copia fiel mía. Se dice en el Santo Evangelio, nada menos: ‘Sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto’. Se añade además que nadie entrará en el reino de los Cielos, si no es semejante a la imagen del Hijo de Dios, y tantas otras cosas. No se dice que todos esos hayan sido ensalzados demasiado y que no sean cosas conformes a la verdad, dichas por mi propia boca. Sólo porque a tí te he dicho que te quería comparar con la Virgen, hacerte copia fiel suya, te he ensalzado demasiado. Así que compararlos conmigo no era ensalzarlos, ni se ponían dudas o dificultades; compararte con la Virgen es demasiada exaltación. Eso significa que no han comprendido bien la misión del conocimiento de mi Voluntad.

Al contrario, te repito que no sólo te pongo como su pequeña hija a su lado, sino en su regazo materno, para que te guíe y te enseñe cómo tienes que imitarla para resultar copia fiel de Ella, haciendo siempre la D. Voluntad, y así pasar de su seno al seno de la Divinidad. Porque la misión de mi Voluntad es eterna, y es precisamente la misión de nuestro Padre Celestial, que ninguna otra cosa quiere, manda, exige, si no que su Voluntad se conozca y se ame, para que se haga en la tierra como en el Cielo. Así tú, haciendo tuya esta misión eterna e imitando al Padre Celestial, no tienes que querer para tí y para todos, sino que mi Voluntad sea conocida, amada y cumplida. Y luego, cuando se ensalza a la criatura hay que preocuparse, pero cuando ella está en su lugar y Yo la ensalzo, a Mí todo me es lícito, hacer llegar a donde quiero y como quiero. Por eso, fíate de Mí y no te preocupes”. (15.04.1923).

En conclusión, dice el Señor:

“Yo elijo a quien Me parece. Está decretado que dos vírgenes han de venir en ayuda de la humanidad: una para hacer salvar al hombre, la otra para hacer reinar mi Voluntad en la tierra, para dar al hombre su felicidad terrena, para unir

las dos voluntades, la Divina y la humana, y hacerlas una sola, para que el fin de la creación del hombre tenga pleno cumplimiento...” (20.04.1923).

En resumen: en primer lugar María Santísima ha tenido que abrir el Cielo para hacer que el Verbo bajara a la tierra a cumplir la Redención. En segundo lugar, Nuestro Señor ha abierto de nuevo el Cielo para que los hombres pudiesen entrar y se salvaran. Y en tercer lugar “una criatura, de la estirpe común” de los hijos de Adán, la más pequeña y pobre a los ojos de Dios, Luisa, ha recibido la misión de abrir otra vez el Cielo, para que baje el Querer Divino y venga a reinar en la tierra, como reina en el Cielo.

El resumen es éste:

“La misión de mi Voluntad reflejará la Stma. Trinidad en la tierra, y como en el Cielo estan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, inseparables entre Ellos, pero a la vez distintos, los cuales forman toda la felicidad del Cielo, así en la tierra habrá tres personas, que por su misión serán distintas e inseparables entre ellas:

La Virgen, con su Maternidad, que refleja la Paternidad del Padre Celestial y encierra su Potencia, para cumplir su misión de Madre del Verbo Eterno y de Corredentora del género humano. Mi Humanidad, para la misión de Redentor, que encierra la Divinidad y el Verbo, sin separarse nunca del Padre y del Espíritu Santo, y manifiesta mi Sabiduría celestial, añadiendo el vínculo de ser inseparable de mi Madre. Y tú, para la misión de mi Voluntad. El Espíritu Santo hará ostentación de su Amor, manifestándote los secretos, los prodigios de mi Querer, los bienes que contiene, para hacer felices a quienes quieran conocer cuánto bien contiene esta Voluntad Suprema, para amarla y hacer que reine en ellos, ofreciendo sus almas para hacer que viva en sus corazones y pueda formar su Vida en ellos, añadiendo el vínculo de la inseparabilidad entre tú, la Madre y el Verbo Eterno.

Estas tres misiones son distintas e inseparables, y las dos primeras han preparado las gracias, la luz, el trabajo, con penas inauditas, para la tercera misión, de mi Voluntad, para fundirse en ella sin dejar su propio oficio, para hallar reposo, porque sólo mi Voluntad es reposo celestial. Estas misiones no se repiten, porque es tal y tanta la abundancia de la Gracia, de su luz, de su conocimiento, que todas las generaciones podrán quedar llenas; más aún, no podrán abrazar todo el bien que contienen”. (04.05.1925).



*“Rebosan gozosas palabras de mi corazón,
al Rey le canto mi poema...*

*Hijas de reyes estan entre tus predilectas,
a tu derecha la Reina, vestida con oro de Ofir...*

La Hija del Rey es sobre manera espléndida...

*Con ella las vírgenes sus compañeras son conducidas a Tí;
llevadas con júbilo y alegría entran juntas en el Palacio del Rey”*

(del Salmo 44)